

Katherine Rundell

Sophie
en los
cielos de Paris

Traducción del inglés de
Laura Fernández Nogales

Título original: *Rooftoppers*

Ilustración de la cubierta: antigonek.com

Copyright © *Katherine Rundell, 2013*

Publicado por primera vez en lengua inglesa por Faber and Faber en 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-802-2

Depósito legal: B-10.291-2017

1ª edición, mayo de 2017

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

A mi hermano, con amor



1

Una mañana, apareció un bebé flotando dentro de un estuche de violonchelo en pleno canal de la Mancha. Cumplía un año ese mismo día.

Era el único ser vivo en millas a la redonda. Sólo se lo veía a él, algunas sillas y la proa de un barco hundándose en el océano. La música del comedor del buque era tan buena y el volumen tan alto que nadie había reparado en el agua que encharcaba la moqueta. Los violines siguieron sonando, sin hacer caso de los primeros gritos. A veces, algún pasajero chillaba al compás de un do agudo.

Al bebé lo encontraron envuelto en la partitura de una sinfonía de Beethoven para protegerlo del frío. Se había alejado casi una milla del barco y fue el último al que rescataron. El hombre que lo subió al bote salvavidas era otro de los pasajeros: un erudito. Es cosa de eruditos reparar en los detalles, y éste advirtió que se trataba de una niña, con un pelo rubio del color de los relámpagos y la sonrisa de una persona tímida.

Imaginad la voz de la noche. O imaginad cómo hablaría la luz de la luna. O imaginad la tinta, si la tinta tuviera cuerdas vocales. Dadle a todo esto un estilizado rostro aristocrático de cejas prominentes y añadidle

piernas y brazos largos, y tendréis lo que vio la pequeña cuando el hombre la sacó de su estuche de violonchelo para ponerla a salvo. Se llamaba Charles Maxim y, mientras la sostenía con sus enormes manos —algo separada del cuerpo, como si fuera una maceta que goteaba—, decidió que se la quedaría.

Era casi seguro que el bebé tenía un año. Lo supieron por la escarapela roja que llevaba prendida a la ropa. En ella se leía: «¡1!».

—O tiene un año —dijo Charles Maxim—, o ha quedado primera en alguna competición. Y yo creo que los bebés no practican deportes competitivos. ¿Deberíamos, en consecuencia, suponer que se trata de lo primero?

La niña le agarró la oreja con sus dedos sucios.

—Feliz cumpleaños, pequeña —le deseó él.

Charles no sólo le dio una fecha de cumpleaños al bebé, sino también un nombre. Ese mismo día, aprovechando que nadie podía oponerse, eligió llamarla Sophie.

—Tu día ya ha sido lo bastante dramático e insólito, pequeña —dijo—. Lo mejor será elegir un nombre lo más corriente posible. Puedes llamarte Mary, Betty o Sophie. A lo sumo, Mildred. Tú eliges.

Sophie sonrió cuando su salvador dijo «Sophie», así que se quedó con ese nombre. Entonces Charles cogió su abrigo, la envolvió en él y se la llevó a casa en un carruaje. Llovía un poco, pero a ninguno de los dos le importó. Charles no solía reparar en el tiempo, y Sophie ya había sobrevivido a un montón de agua ese día.

Charles en realidad no había conocido a ningún niño hasta entonces, y así se lo confesó a Sophie mientras iban camino de su casa:

—Me temo que me entiendo mejor con los libros que con las personas. Es tan fácil llevarse bien con los libros...

Pasaron cuatro horas metidos en el carruaje. Charles se sentó a Sophie en la punta de las rodillas y le habló de sí mismo como si la acabara de conocer tomando el

té. Tenía treinta y seis años y medía un metro noventa. Hablaba inglés con las personas, francés con los gatos y latín con los pájaros. Una vez, había estado a punto de matarse por tratar de leer y montar a caballo al mismo tiempo.

—Pero ahora que estás conmigo seré más cuidadoso, pequeña niña chelo —dijo.

La casa de Charles era bonita pero poco segura: estaba llena de escaleras, suelos de madera resbaladizos y esquinas puntiagudas.

—Compraré sillas más pequeñas —dijo—. ¡Y cubriremos todos los suelos con alfombras rojas bien tupidas! Aunque no sé dónde conseguirlas. Supongo que tú tampoco lo sabrás, ¿no, Sophie?

Como era de esperar, Sophie no contestó. Era demasiado pequeña para hablar y, además, se había quedado dormida.

Se despertó cuando se detuvieron en una calle que olía a árboles y a boñiga de caballo. Sophie se enamoró de la casa al instante. Los ladrillos estaban pintados del blanco más deslumbrante de todo Londres: incluso brillaban en la oscuridad. El sótano servía para almacenar el exceso de libros y cuadros y dar cobijo a varias especies de arañas, y del tejado se habían apropiado los pájaros. Charles vivía en el espacio que quedaba en medio.

Una vez en casa, y después de un baño caliente delante de la estufa, Sophie tenía un aspecto pálido y frágil. Charles no sabía que los bebés fueran tan increíblemente diminutos. Sophie parecía muy pequeña entre sus brazos. Casi se sintió aliviado cuando llamaron a la puerta. Dejó a la niña en una silla con mucho cuidado, sentada encima de una obra de Shakespeare que le servía de alzador, y después subió los escalones de dos en dos.

Volvió acompañado de una mujer corpulenta de pelo gris. Las páginas de *Hamlet* estaban un poco mojadas y Sophie parecía avergonzada. Charles la cogió en brazos.

Dudó entre dejarla en el paragüero del rincón o encima de la estufa, pero acabó metiéndola en el fregadero. Le sonrió, y sus cejas y ojos reflejaron su felicidad.

—Por favor, no te preocupes —le dijo—. Todos tenemos accidentes, Sophie. —Luego miró a la mujer y le hizo una pequeña reverencia—. Permítame que las presente: Sophie, ésta es la señorita Eliot, de la Agencia Nacional de Protección de Menores. Señorita Eliot, ésta es Sophie, del océano.

La mujer suspiró. Desde donde estaba Sophie, dentro del fregadero, sonó a suspiro oficial. A continuación, frunció el ceño y sacó ropa limpia de un paquete.

—Démela.

Charles le quitó la ropa de las manos.

—Yo he sacado a esta niña del mar, señora. —Sophie los observaba con atención—. No tiene a nadie que la cuide, de modo que, me guste o no, soy responsable de ella.

—Por ahora.

—¿Disculpe?

—La niña está bajo su «tutela», pero no es hija suya. —La señorita Eliot era una de esas mujeres que hablan entre comillas. Se podía apostar a que su pasatiempo era organizar la vida de la gente—. Esta situación es temporal.

—Lamento discrepar —dijo Charles—. Pero ya lo discutiremos luego, la niña tiene frío. —Le dio el pelele a Sophie, quien se lo llevó a la boca. Charles le quitó la prenda y la vistió. Luego la levantó como si quisiera adivinar su peso en una feria y la observó de cerca—. ¿Lo ve? Parece un bebé muy inteligente. —Constató que Sophie tenía los dedos largos, delgados y habilidosos—. Y es muy rubia, como un relámpago. ¿No le parece irresistible?

—Tendré que pasarme por aquí de vez en cuando para asegurarme de que está bien, y a mí no me sobra el tiempo, señor Maxim. «Un hombre no puede hacer estas cosas solo.»

—Claro, venga cuando quiera, por favor —respondió Charles. Y luego añadió, como si no pudiera callárselo—: ... si de verdad le resulta imposible evitarlo. Me esforzaré por ser agradecido, pero esta niña es mi responsabilidad. ¿Lo comprende?

—Pero ¡es una «niña»! ¡Y usted es un «hombre»!

—Tiene una capacidad de observación extraordinaria —dijo Charles—. Su oftalmólogo debe de estar muy orgulloso de usted.

—¿Qué piensa «hacer» con ella?

Charles parecía desconcertado.

—Quererla. Según la poesía que he leído, con eso debería bastar. —Charles le dio una manzana roja a Sophie; luego se la quitó y se la frotó contra la manga hasta que se vio reflejado en ella. Y añadió—: Por muy oscuros y misteriosos que sean los secretos de la puericultura, estoy seguro de que no son impenetrables.

Se sentó a la niña en las rodillas, le dio la manzana y empezó a leerle en voz alta *El sueño de una noche de verano*.

Quizá no fuera el principio perfecto para una nueva vida, pero tenía su potencial.



2

En las oficinas de la Agencia Nacional de Protección de Menores de Westminster había un armario, y dentro de ese armario se guardaba un archivador rojo con una etiqueta que decía: «Tutores: evaluación de personalidad». En el archivador rojo había una carpeta azul más pequeña, etiquetada «Maxim, Charles». Y dentro se podía leer: «C. P. Maxim es un lector empedernido, como cabe esperar de un erudito; también parece generoso, torpe y trabajador. Es atípicamente alto, pero los informes médicos aseguran que goza de buena salud. Está obstinadamente convencido de que puede cuidar de una niña.»

Quizá ese tipo de cosas fueran contagiosas, porque Sophie se convirtió en una lectora empedernida, alta, generosa y torpe. Cuando cumplió los siete años, tenía las piernas tan largas y delgadas como paraguas de golf y una buena colección de obstinadas certezas.

El día de su séptimo cumpleaños, Charles le preparó un pastel de chocolate. No le salió bien del todo, porque se hundió por el centro, pero Sophie afirmó con convicción que éstos eran sus pasteles preferidos.

—El hueco deja más espacio para el glaseado—dijo—. Y a mí me gusta ponerle una montaña de glaseado *exajerada*.

—Me alegro mucho de saberlo —respondió Charles—. Aunque me parece que esa palabra se suele pronunciar «exagerada». Feliz probable séptimo cumpleaños, cariño. ¿Qué tal si lo celebramos con un poquito de Shakespeare?

Como Sophie acostumbraba a romper muchos platos, se estaban comiendo el pastel encima de las cubiertas de *El sueño de una noche de verano*. Charles frotó el libro con la manga y lo abrió por la mitad.

—¿Me lees algo de Titania? —sugirió.

Sophie puso mala cara.

—Prefiero ser Puck.

Intentó leer algunas frases, pero iba muy despacio. Sophie esperó a que Charles mirase hacia otra parte, dejó caer el libro al suelo e hizo el pino encima de él.

Charles se rió.

—¡Bravo! —aplaudió, golpeando la mesa con la mano—. Tienes madera de elfo.

Sophie se cayó contra la mesa de la cocina, se levantó y lo volvió a intentar apoyándose en la puerta.

—¡Fantástico! Estás mejorando. Ya te sale casi perfecto.

—¿Sólo casi? —Sophie, que seguía cabeza abajo, lo miró de reojo y se bamboleó. Le empezaban a arder los ojos, pero no se movió—. ¿Es que no tengo las piernas rectas?

—Casi. Tienes la rodilla izquierda un poco descolocada. Pero ningún ser humano es perfecto; el último fue Shakespeare.

Sophie volvió a pensar en eso más tarde, cuando ya estaba en la cama. Charles había dicho que ningún ser humano era perfecto, pero se equivocaba. Él era perfecto. Tenía el pelo del mismo color que el pasamanos y los ojos llenos de magia. Su padre le había dejado en herencia la casa y toda su ropa. En su día fueron pre-

ciosas y llamativas prendas de pura seda de las mejores tiendas de la calle Savile Row, pero en la actualidad eran cincuenta por ciento seda y cincuenta por ciento agujero. Charles no tenía instrumentos musicales, pero le cantaba; y cuando Sophie no estaba con él, cantaba a los pájaros y a las cochinillas que invadían la cocina de vez en cuando. Su voz tenía el timbre perfecto. Escucharlo era como volar.

Algunas veces, en mitad de la noche, Sophie soñaba con el naufragio y la invadía una intensa necesidad de encaramarse a cualquier cosa. Sólo así se sentía segura. Charles la dejaba dormir encima del armario y él se acostaba justo debajo, por si acaso.

Sophie no comprendía a Charles del todo. Éste comía poco, apenas dormía y no sonreía tan a menudo como otras personas. Pero él tenía amabilidad en la yema de los dedos y bondad donde los demás tenían pulmones. Si alguna vez chocaba contra una farola cuando iba leyendo y caminando al mismo tiempo, se disculpaba y se aseguraba de que la farola no hubiese sufrido ningún daño.

La señorita Eliot los visitaba una mañana a la semana para «resolver cualquier contratiempo». (Sophie le podría haber preguntado a qué clase de contratiempos se refería, pero pronto aprendió a guardar silencio.) La señorita Eliot examinaba aquella casa con las esquinas descascarilladas y la despensa vacía y plagada de arañas, y negaba con la cabeza.

—¿Qué «comes»?

A decir verdad, en casa de Sophie la comida era más interesante que en las de sus amigos. A veces, Charles se olvidaba de comprar carne durante meses. Los platos limpios parecían romperse por sí solos en presencia de la niña, así que Charles servía las patatas laminadas al horno sobre atlas del mundo abiertos por el mapa de Hungría. En realidad, a él le encantaría vivir a base de galletas y té, y un poco de whisky antes de irse

a dormir. Cuando Sophie aprendió a leer, Charles guardaba el whisky en una botella etiquetada como «orín de gato» para que la niña no la tocara. Pero ella destapó la botella, le dio un sorbo y luego olisqueó al gato del vecino. No se parecían en nada, pero eran igual de desagradables.

—Comemos pan —dijo Sophie—. Y pescado en conserva.

—¿Que coméis «qué»? —preguntó la señorita Eliot.

—Me encanta el pescado en conserva —afirmó Sophie—. Y comemos jamón.

—¿Ah, sí? Nunca he visto una sola loncha de jamón en esta casa.

—¡Cada día! Bueno... —añadió, porque Sophie era más sincera de lo que resultaba conveniente—, más bien de vez en cuando. Y queso. Y manzanas. Y me tomo medio litro de leche para desayunar.

—Pero ¿cómo puede ser que Charles te deje «vivir» así? No creo que esta clase de vida sea buena para una niña. No es «correcto».

En realidad se las apañaban muy bien, pero la señorita Eliot nunca llegó a comprenderlo. Sophie creía que cuando la señorita Eliot decía «correcto» quería decir «pulcro». Charles y ella no llevaban una vida muy pulcra, pero a Sophie no le parecía que la pulcritud fuera necesaria para ser feliz.

—Verá, señorita Eliot, la verdad es que yo tengo una de esas caras que nunca parecen limpias del todo —explicó Sophie—. Charles dice que tengo la mirada desaliñada. Es por las manchas, ¿sabe?

Sophie tenía la piel muy pálida y cuando hacía frío le salían manchas. Y no recordaba haber tenido nunca el pelo desenredado. Pero a ella no le importaba, porque cuando recordaba a su madre veía el mismo pelo y la misma piel, y estaba convencida de que ella era preciosa. De que olía a aire fresco y a hollín y de que llevaba pantalones con parches en los tobillos.

De hecho, puede que todos los problemas empezaran con los pantalones. Cuando Sophie tenía casi ocho años, le pidió unos pantalones a Charles.

—¿Pantalones? ¿No es una prenda más bien insólita para una mujer?

—No —contestó Sophie—. A mí no me lo parece. Mi madre lleva pantalones.

—Los llevaba, pequeña Sophie.

—Los lleva. De color negro. Pero yo quiero que los míos sean rojos.

—Ejem... ¿Y no prefieres una falda? —Parecía preocupado.

Sophie puso mala cara.

—No. Quiero unos pantalones, por favor.

En las tiendas no tenían ningún pantalón que le sentara bien. Sólo le servían los cortos de color gris que llevaban los niños.

—¡Cielo santo! —exclamó Charles—. Pareces una clase de matemáticas.

Charles decidió hacérselos él mismo y le cosió cuatro pares en tela de algodón de colores vivos. Una vez acabados, se los dio envueltos en papel de periódico. Uno de ellos tenía una pernera más larga que la otra. A Sophie le encantaron, pero la señorita Eliot estaba escandalizada.

—Las «chicas» no llevan pantalones —dijo.

Sophie insistía:

—Mi madre llevaba pantalones. Estoy segura. Cuando tocaba el violonchelo marcaba el compás con ellos puestos.

—Eso es imposible —dijo la señorita Eliot. Siempre era la misma historia—. Las mujeres no tocan el violonchelo, Sophie. Y tú eras «demasiado» pequeña para acordarte. No seas mentirosa.

—Pero es verdad. Llevaba unos pantalones negros con las rodillas desgastadas y zapatos negros. Me acuerdo perfectamente.

—Son imaginaciones tuyas, querida. —La voz de la señorita Eliot era como un portazo.

—Se lo juro. No me lo estoy imaginando.

—Sophie...

—¡No!

Sophie no añadió «vieja bruja con cara de patata», aunque se moría de ganas. Pero había un problema: era imposible vivir con Charles y no ser respetuoso hasta la médula. Para Sophie, ser grosera era como llevar la ropa interior sucia y, sin embargo, le costaba mucho ser educada cuando la gente hablaba de su madre. Todos estaban convencidos de que ella se lo inventaba; ella estaba convencida de que todos se equivocaban.

—¡Carasapo! —susurró Sophie—. ¡Amargada! Claro que me acuerdo. —Se sintió un poco mejor.

Lo cierto era que Sophie se acordaba muy bien de su madre. No recordaba ningún padre, pero sí un torbellino de pelo y dos piernas enfundadas en tela, marcando el ritmo de una música maravillosa, cosa que habría sido imposible si hubiese llevado una falda.

Sophie también estaba segura de recordar, con total claridad, haber visto a su madre aferrada a una puerta que flotaba en medio del canal.

Todo el mundo decía que un bebé es demasiado pequeño para acordarse de esas cosas. No hacían más que repetirle: «Sólo recuerdas lo que te gustaría que fuera cierto.» Estaba cansada de oír siempre lo mismo. Pero Sophie recordaba haber visto a su madre pedir ayuda levantando el brazo. También la había oído silbar, y los silbidos tienen un sonido inconfundible. No le importaba, pues, lo que dijera la policía: ella sabía que su madre no se había ahogado dentro del barco. Y lo defendía con obstinada convicción.

Cada noche, la pequeña musitaba en la oscuridad: «Mi madre sigue viva y algún día vendrá a buscarme.»

—Vendrá a buscarme —le dijo a Charles.

Pero él negaba con la cabeza.

—Eso es casi imposible, cariño.

—«Casi imposible» significa que aún es posible. —Sophie intentó ponerse bien recta y hablar como una adulta; la gente confiaba más en las personas altas—. Y tú siempre dices que nunca hay que ignorar una posibilidad.

—Pero, pequeña, eso es tan absolutamente improbable que no vale la pena vivir con esa esperanza. Sería como intentar construir una casa sobre el dorso de una libélula.

—Vendrá a buscarme —le dijo Sophie a la señorita Eliot.

Ésta era más directa que Charles.

—Tu madre está muerta. No sobrevivió ninguna mujer —respondió—. No deberías hacerte ilusiones.

A veces, a los adultos de la vida de Sophie les costaba distinguir entre «hacerse ilusiones» y «estar en lo cierto pero que nadie te crea». Sophie notó que se acaloraba.

—Vendrá —afirmó—. Y si no viene, iré yo a buscarla.

—No, Sophie. El mundo no funciona así.

La señorita Eliot estaba convencida de que Sophie se equivocaba, pero también creía que el punto de cruz era «vital» y que Charles era «imposible», lo cual demostraba que los adultos no siempre tenían razón.

Un día, Sophie encontró un poco de pintura roja y escribió en la fachada blanca de la casa el nombre del barco —*Queen Mary*—, y la fecha de la tormenta, por si acaso su madre pasaba por allí.

Cuando Charles vio lo que estaba haciendo, en su cara apareció una expresión tan complicada que Sophie prefirió no mirarlo. Sin embargo, la ayudó a alcanzar las partes más altas y a limpiar las brochas cuando hubo terminado.

—Es una de esas cosas que se hacen por si acaso —le explicó Charles a la señorita Eliot.

- Pero está...
- Está haciendo lo que yo le he dicho.
- ¿Le ha dicho que estropee así su propia casa?
- No. Le he dicho que no debe ignorar las posibilidades de la vida.



3

A la señorita Eliot no le gustaba Charles, ni tampoco Sophie. Detestaba que él fuera tan manirroto con el dinero y que cenaran tan tarde.

Detestaba la expresión observadora y atenta de Sophie.

—¡No es natural en una niña tan pequeña!

Odiaba la costumbre que tenían de escribirse notas en el papel pintado del recibidor.

—¡No es normal! —dijo, mientras garabateaba en su libreta—. ¡No es saludable!

—Todo lo contrario —le replicó Charles—. Cuan-
tas más palabras existan en una casa, mejor, señorita
Eliot.

La señorita Eliot también detestaba las manos de Charles, siempre manchadas de tinta, y el ala deformada de su sombrero. Y desaprobaba la ropa que llevaba Sophie.

A Charles no se le daban bien las compras. Una vez se pasó el día desconcertado, plantado en medio de Bond Street, y volvió con un paquete de camisas para niño. La señorita Eliot estaba furiosa.

—No puede dejar que se ponga eso —dijo—. La gente creará que está loca.

Sophie se miró. Tocó la tela con el dedo. A ella le parecía muy normal; todavía un poco acartonada de la tienda, pero por lo demás estaba bien.

—¿Cómo sabe que no es una camisa de chica? —preguntó.

—En las camisas de chico, la parte izquierda queda encima al abrocharlas. En las blusas, y, por favor, toma nota de que la palabra correcta es «blusa», queda encima la derecha. Me sorprende que no lo sepas.

Charles bajó el periódico tras el que se había ocultado.

—¿Le sorprende que no sepa nada sobre botones? Los botones no suelen tener mucho protagonismo en los asuntos internacionales.

—¿Disculpe?

—Quiero decir que la niña sabe las cosas importantes. No todas, claro, todavía es pequeña. Sin embargo sabe muchas.

La señorita Eliot resopló.

—Discúlpeme; puede que sea anticuada, pero yo creo que los botones «sí» son importantes.

—Sophie se sabe todas las capitales de todos los países del mundo —dijo Charles.

Sophie, que estaba de pie en la entrada, susurró:

—Casi todas.

—Sabe leer y dibujar. Sabe cuál es la diferencia entre una tortuga marina y una de tierra. Sabe distinguir los árboles y cómo trepar a ellos. Justo esta mañana me estaba diciendo cuál es el sustantivo colectivo de «cerdo».

—Una piara —dijo Sophie—. Es una piara de cerdos.

—Y silba. Habría que ser extraordinariamente tonto para no darse cuenta de que la forma de silbar de Sophie es poco corriente. Extraordinariamente tonto o sordo.

Fue como si Charles no hubiera dicho ni una sola palabra. La señorita Eliot lo ignoró con un simple gesto de los dedos.

—Necesitaré camisas nuevas, por favor, señor Maxim. Camisas de «mujer». ¡Y, por Dios, esos pantalones...!

Sophie no le veía ningún problema. Los pantalones sólo eran faldas con una costura de más.

—Los necesito —dijo—. Por favor, deje que me los quede. No se puede trepar a los árboles con falda. Bueno, sí que podría, pero entonces todo el mundo me vería las bragas, y eso sería peor, ¿no?

La señorita Eliot frunció el ceño. No era la clase de persona que admitía llevar bragas.

—Lo dejaremos pasar por ahora. Todavía eres una niña. Pero esto no puede seguir siempre así.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Sophie tocó la estantería con los dedos para que le diera suerte—. Sí que puede. ¿Por qué no puede seguir así?

—Claro que no. Inglaterra no es un buen sitio para mujeres silvestres.

Lo que más disgustaba a la señorita Eliot era que Charles se empeñara en hacer salidas inesperadas con Sophie. Decía que Londres era sucia y que la niña se contagiaría de sus gérmenes y sus malas costumbres.

El día del probable noveno cumpleaños de Sophie, Charles la subió a una silla y le limpió los zapatos mientras ella se comía una tostada con una mano y leía un libro que sostenía en la otra. Pasaba las páginas con los dientes. Era una técnica satisfactoria, aunque las esquinas del papel quedaran llenas de migas y saliva.

Estaban a punto de salir de casa para ir al auditorio cuando la señorita Eliot entró como un huracán.

—¡No puede llevársela así! ¡Está muy sucia! Y pon la espalda recta, Sophie.

Charles observó la cabeza de la niña con interés.

—¿Ah, sí?

—¡Señor Maxim! —casi aulló la señorita Eliot—. ¡La niña tiene toda la cabeza llena de mermelada!

—Así es. —Charles miró a la señorita Eliot con amable desconcierto—. ¿Acaso importa?

Entonces, cuando vio que la señorita Eliot alargaba la mano hacia su libreta, cogió un trapo y limpió a Sophie con tanta delicadeza como si fuera un lienzo.

La señorita Eliot resopló.

—También tiene un poco en la manga.

—Ya se lo acabará de limpiar la lluvia, ¿no? Es su cumpleaños.

—¡La suciedad no entiende de cumpleaños! No la lleva usted al zoológico.

—Ya la entiendo. ¿Preferiría que la llevara al zoo? —Charles ladeó la cabeza. Sophie pensó que parecía una pantera con muy buenos modales—. Quizá aún estemos a tiempo de cambiar las entradas.

—¡No me refería a eso! Lo va a dejar en ridículo. A mí me daría vergüenza que me vieran con ella.

Charles miró a la señorita Eliot. Ésta fue la primera en bajar la mirada.

—Le brillan los zapatos y los ojos —dijo Charles—. Es más que suficiente pulcritud. —Le dio las entradas a Sophie para que las sostuviera—. Feliz cumpleaños, pequeña.

Le dio un beso en la frente —su beso anual, el único, siempre por su cumpleaños—, y la ayudó a bajar de la silla.

Sophie sabía que había muchas formas de ayudar a alguien a bajar de una silla. Era un gesto muy revelador. La señorita Eliot, por ejemplo, la habría empujado con un cucharón de madera. Charles lo hizo con cuidado, con las yemas de los dedos, como si estuvieran bailando; y luego fue silbando la sección de cuerda de *Così fan tutte* durante todo el camino.

—¡Música, Sophie! La música es alocada y maravillosa.

—¡Sí!

Charles había mantenido en secreto los planes para su cumpleaños, pero su excitación era contagiosa. La niña brincaba a su lado.

—¿Qué clase de música será?

—Clásica, Sophie. —La felicidad le iluminaba la cara y tenía un tic en la punta de los dedos—. Una música inteligente y complicada.

—Ah. Qué... bien. —A Sophie no se le daba bien mentir—. Será genial.

Pensó que habría preferido ir al zoológico. Ella apenas había escuchado música clásica, y no le habría importado seguir así. A Sophie le gustaban las canciones folk y los ritmos que se podían bailar; imaginaba que habría muy pocos niños con nueve años recién cumplidos que pudieran decir que les gustaba la música clásica sin mentir un poco.

Desde su punto de vista, la actuación no empezó de un modo muy prometedor. La pieza de piano era larga. El pianista llevaba bigote y ponía la clase de caras que Sophie asociaba con un picor muy intenso.

—¿Charles?

Miró a Charles y vio que tenía los labios un tanto separados y curvados hacia arriba en una expresión de atenta felicidad.

—¿Charles?

—¿Sí, Sophie? Y deberías intentar susurrar.

—¿Cuánto dura esto? No es que no sea maravilloso—Sophie cruzó los dedos por detrás de la espalda—, es... por saberlo.

—Me temo que sólo una hora, pequeña. Podría pasarme la vida en esta butaca, ¿tú no?

—Ah. ¿Una hora?

Intentó estarse quieta, pero era difícil. Se chupaba la punta de la trenza. Encogía y estiraba los dedos de los pies. Intentó no morderse la uña del pulgar, pero no lo consiguió. Estaba a punto de quedarse dormida cuando tres violines, un chelo y una viola aparecieron en el escenario, acompañados por sus músicos.

Cuando empezaron a tocar, la música sonó diferente. Más melodiosa y apasionada. Sophie se sentó bien y se inclinó hacia delante hasta que sólo un centímetro de

su trasero estuvo en contacto con el asiento. Era tan hermoso que le costaba respirar. Pensó que si la música pudiera brillar, aquélla brillaría. Era como si todas las voces de todos los coros de la ciudad entonaran una única melodía. Sentía una hinchazón extraña en el pecho.

—¡Es igual que ocho mil pájaros, Charles! ¡Charles! ¿A que es igual que ocho mil pájaros?

—¡Sí! Pero calla, Sophie.

La melodía se aceleró y el pulso de Sophie se acomodó al ritmo creciente. Le resultaba conocida y nueva al mismo tiempo. Le tiraba de los pies y de los dedos de las manos.

No podía dejar de mover las piernas. Se puso de rodillas sobre la butaca. Al poco, arriesgó un susurro:

—¡Charles! ¡Escucha! ¡El chelo canta, Charles!

Cuando cesó la música, Sophie siguió aplaudiendo incluso cuando el resto del público había dejado de hacerlo, hasta que tuvo las manos ardiendo y llenas de manchas rojas. Aplaudió tanto que todo el mundo se quedó mirando a la niña del pelo del color de los relámpagos con una carrera en las medias que iluminaba toda la segunda fila con sus ojos y sus zapatos.

Había algo en aquella música que a Sophie le resultaba familiar.

—Es como estar en casa —le dijo a Charles—. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es como una bocanada de aire fresco.

—¿Ah, sí? Entonces creo que tendremos que conseguirte un chelo —sentenció Charles.

El chelo que compraron era pequeño, pero seguía siendo demasiado grande para que pudiera tocarlo con comodidad dentro de su habitación. Charles destrabó la claraboya del desván y, los días que no llovía, Sophie subía por allí al tejado y tocaba entre las hojas secas y las palomas.

Cuando la música sonaba bien, absorbía toda la desazón y la inquietud del mundo y lo dejaba brillante. Cuando Sophie se estiraba, parpadeaba y dejaba su arco varias horas después, se sentía más fuerte y más valiente. Pensaba que era como haber comido nata y luz de luna. Cuando el ensayo iba mal, era sólo una tarea, como lavarse los dientes. Sophie había calculado que los días buenos y los malos se dividían en mitad y mitad. Valía la pena.

En el tejado nadie la molestaba. Estaba hecho de losas planas de pizarra gris y tenía una balaustrada de piedra en el borde que a Sophie le llegaba por la barbilla. Las personas que miraran hacia arriba desde la calle sólo podrían ver una mata de pelo brillante y un codo flexionado.

—Adoro el cielo —dijo una noche sin pensar, mientras cenaban. Se mordió la lengua; las otras niñas se reían cuando decía esa clase de cosas.

En cambio, Charles se limitó a servirle una porción de pastel de cerdo sobre la Biblia y asintió.

—Me alegro —dijo. Añadió una cucharada de mostaza y le acercó el libro a Sophie—. Hay que ser muy tonto para no adorar el cielo.

Sophie había aprendido a trepar casi al mismo tiempo que a andar. Comenzó con los árboles, que eran la ruta más rápida hacia el cielo. Charles la acompañaba. No era la clase de hombre dado a decir que no o a pedirle que se agarrase más fuerte. Se quedaba abajo y le gritaba:

—¡Más arriba, Sophie! ¡Sí, bravo! ¡No te pierdas los pájaros! ¡Los pájaros se ven magníficos desde abajo!